LA LUPA

Julio Cortázar *en Uruguay*

Este año cumpliría 90 años. Inverosímil cuando tantos jóvenes apenas lo descubren, cuando su irreverencia sigue intacta. Ya hizo 20 años de su muerte (en febrero) y 40 cumplió "Rayuela". Tanto aniversario asusta: BRECHA quiso conjurarlo yendo a buscar un posible Uruguay cortazariano.

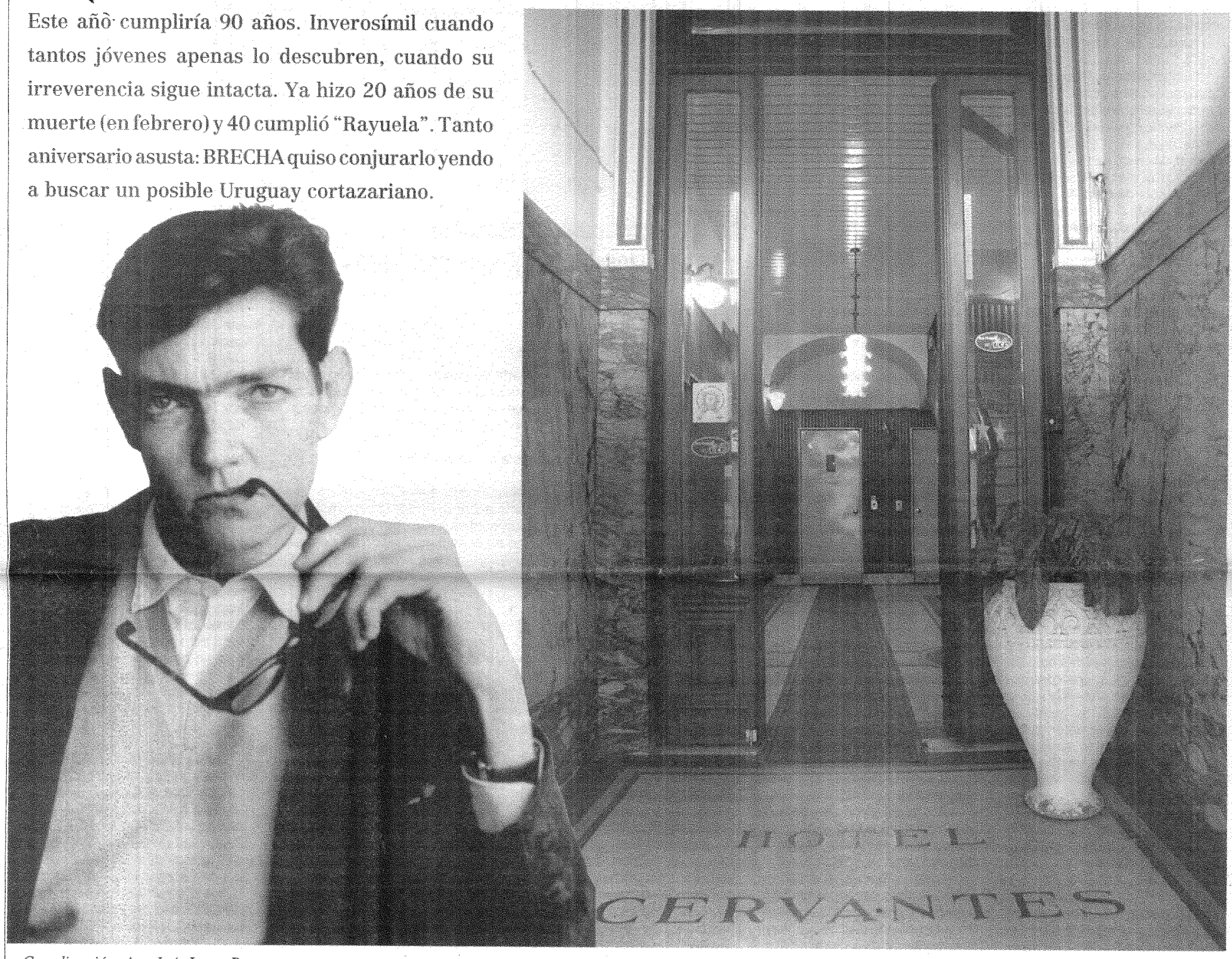


Foto: Oscar Bonilla

Coordinación: Ana Inés Larre Borges

La Maga y Bebé Rocamadour, en el Cervantes

OMAR PREGO GADEA

LOS IMPULSOS O sinrazones que nos llevan a enamorarnos de un país, de una ciudad, de uno de sus barrios, son siempre misteriosos, impenetrables, desprovistos –en apariencia al menos– de motivaciones, de sentido. El misterio se convierte en un laberinto insondable si quien experimenta ese súbito *coup de foudre*, ese deslumbramiento, es un artista o un escritor, un poeta. Son muchas las historias que pueden contarse acerca del fenómeno. Una de ellas, es la relación entre Julio Cortázar y Montevideo o, al menos, entre ese gran cronopio y determinadas zonas y personas de Montevideo.

¿De dónde provenía el encanto que invadió a Cortázar el día en que recorrió por primera vez el barrio de las galerías techadas de la Bourse de París y sus aledaños, el Passage Vivienne, las Galeries Colbert, la Galerie de Valois? ¿De dónde y por qué el embrujo que se apoderó de él no bien traspuso la entrada del hotel Cervantes, que lo haría hablar del "poder mágico" de los hoteles de Montevideo? ¿Fue allí, detrás de la "puerta condenada" de su pieza, que escuchó por primera vez el llanto de ese niño invisible que más tarde se convertiría en Bebé Rocamadour? ¿Fue entonces que el fantasma de la mujer que huía del hotel sin dar explicaciones se transformó en un presagio de la Maga, en ese personaje por excelencia del universo narrativo de Cortázar, tal vez el más admirado por sus lectores?

Me consta que son demasiadas preguntas, y sé que aún quedan otras por plantear y por responder. Pienso que el tema que podríamos llamar "Cortázar y Montevideo" podría girar en torno a tres grandes ejes o elementos básicos:

1) El de su estadía en esta ciudad en 1954, para participar en calidad de traductor y corrector en una Asamblea General de la UNESCO.

2) Un episodio muy particular de su relación amistosa con Juan Carlos Onetti a propósito del cuento (o novela corta) "El perseguidor".

3) Su primer viaje a París en 1949 en la tercera clase del transatlántico Conte Biancamano, en cuyo transcurso conoció a una joven, Edith Aron, una argentina de origen alemán que de alguna manera se convertiría en la Maga, esa uruguaya que en la ficción había nacido en Montevideo, más precisamente en el Cerro.

En julio de 1963 Julio Cortázar envió una carta a su editor Paco Porrúa (recogida en el primero de los tres volúmenes de su **Correspondencia**, publicada por la editorial Alfaguara bajo la supervisión de Aurora Bernárdez) en la que menciona, con asombro, un cuento de Adolfo Bioy Casares donde el protagonista pretende alojarse, infructuosamente, en el hotel Cervantes.

"Donde yo ubiqué mi cuento 'La puerta condenada', y si bien lo que pasa es diferente de lo que pasaba en mi cuento, en los dos casos se descubre que en vez de dos personas sólo había una en la habitación de al lado", dice, y a renglón seguido le pregunta a Porrúa: *"¿No te parece asombroso? Fijate que de ninguna manera insinúo que Bioy conocía ya mi cuento (a lo mejor escribió antes el suyo, ya se sabe que la fecha de publicación no quiere decir nada) pero en cambio me maravilla el poder mágico de los hoteles montevideanos."*

En una nota publicada en un número especial del diario **Clarín** del 10 de febrero de 1994, la escritora Vlady Kociancich señala que Petrone, el personaje de Cortázar y el narrador de Bioy son, entre tantas profesiones a elegir, comerciantes; ambos viajan a la misma ciudad, Montevideo, en el Vapor de la Carrera y están a pun-

▶

LA LUPA

to de registrarse en el mismo hotel, el Cervantes.

Pero el personaje de Bioy es llevado por el taxista que lo trajo desde el aeropuerto a otro hotel (probablemente La Alhambra) y allí, más tarde, evocará las veces en que *"por la ventana del baño que da a los fondos, con pena en el alma, habré contemplado, a la madrugada, un árbol solitario, un pino"*.

El narrador del cuento de Cortázar, por su parte, dice: *"El cuarto de baño tenía una ventana más grande, que se abría tristemente a un muro y a un lejano pedazo de cielo, casi inútil"*.

Hay más coincidencias, muchas, no sólo de detalles, sino de atmósfera, de tono, sobre todo acerca de las ocupaciones de ambos personajes, que Kociancich destaca: *"El tedio de sus negocios, la grisura de la ciudad, los diarios que compran y leen sin interés, paseos por el Centro, las palomas. Incluso el cine que promete y frustra la ilusión de un refugio"*, apunta.

En ese mismo número de **Clarín**, Marcelo Pichon Rivière narra un encuentro en 1973 de Bioy Casares y Cortázar en el apartamento de Bioy, en Buenos Aires, en cuya ocasión ambos escritores *"hablaron de las increíbles coincidencias que se encuentran en las tramas de los cuentos ya mencionados, publicados por Cortázar en 1956, por Bioy en 1962"*. Y recoge estas palabras de Bioy: *"Ni Cortázar ni yo reaccionamos con enojo al saberlo por primera vez, al contrario, lo sentimos como algo que justificaba el hecho de que éramos amigos. Tan amigos que escribimos el mismo cuento. Es algo mágico, una cosa que puede pasar una vez en la vida"*.

Y allí aparece, de nuevo, la misma alusión al carácter "mágico" del hecho. En ese mismo diálogo con Pichon Rivière, Bioy Casares dice haber conocido a la Maga, a Edith Aron: *"Fue mi agente literario durante varios años, pero nunca pasaba nada con mis libros, pobre. Cuando nos hicimos amigos ya no era joven, no se podía reconocer a la mujer de la novela"*, de **Rayuela**, dice.

En mis conversaciones con Julio Cortázar durante el año 1983 (que darían lugar al libro **La fascinación de las palabras**) le dije que Onetti me había asegurado que él fue uno de los primeros (y maravillados) lectores de "El perseguidor" y le conté que, en una conversación con María Esther Gilio, Onetti le había contado que, impresionado por la lectura de la *nouvelle*, y en particular por la secuencia de la muerte de Bee, se había encerrado en el cuarto de baño y había roto el espejo de un puñetazo.

Para Cortázar, la reacción de Onetti fue sin duda el comentario más conmovedor que jamás alguien hizo de un cuento suyo, reforzado por el hecho de saberlo tan reservado, tan replegado sobre sí mismo.

Esa relación a la distancia, esa mutua admiración, ¿pudo contribuir de alguna manera en Cortázar, en su decisión de que la Maga fuera uruguaya, montevideana y oriunda del Cerro?

En esa misma ocasión yo le dije a Cortázar que casualmente ese mismo año de 1954 Borges se había alojado en el Cervantes, que yo le había hecho una entrevista para el semanario **Marcha**, que no coincidieron por una diferencia de pocos días y, finalmente, le pregunté si realmente escribió "La puerta condenada" durante su estadía en el hotel.

Cortázar me reafirmó que lo había escrito allí mismo y me dijo que una de las cosas que se propuso fue que en el cuento quedara la atmósfera del Cervantes porque tipificaba muchas cosas de Montevideo: me habló del personaje del gerente, de una estatua que hay (o había) en el hall, una réplica de la Venus de Milo, y el clima general del hotel.

"En esos tiempos –me dijo– *yo no tenía un centavo,* UNESCO *me pagaba el pasaje, un buen sueldo y la oportunidad de volver a Buenos Aires.* (...) *Cada uno se iba al hotel que quería. No sé quién me recomendó el hotel Cervantes, donde me dieron una pieza chiquita, pero a mí no me importaba, porque yo estaba todo el día en la* UNESCO *y a la pieza la quería para dormir y leer. Una pieza que (curioso, ahora que lo digo sonaba como una profecía) parecía una celda, la celda de una cárcel. Porque entre la cama, una mesa y un gran armario que tapaba una puerta condenada, el espacio que quedaba para moverme era mínimo. Y había una ventana, una especie de tragaluz, más bien enrejado, que daba por un lado sobre el cielo y por el otro a unos techos de zinc, muy feos."*

También me dijo que en sus ratos libres caminaba mucho, que empezó a encontrarse con uruguayos y uruguayas, que vio a cantidad de amigos. Recordó especialmente al poeta Fernando Pereda y a su mujer, pero me dijo que a Onetti no llegó a verlo. *"En los ratos libres me iba a los cafetines, descubrí las variedades de caña* ANCAP*; todo eso me gustaba mucho, el Mercado del Puerto, claro."*

En cambio, no me habló de un probable encuentro con sus amigos Martha (traductora como él de la UNESCO) y Jean Barnabé, con los cuales mantuvo una prolongada y muy cordial correspondencia y a cuya casa de Carrasco fue a almorzar más de una vez.

PREMONICIÓN DE LA MAGA. En una carta a Fredi Guthman, del 21 de mayo de 1953, Cortázar menciona su relación (amistosa-amorosa) con Edith (Arón) y unos *"poemas que te leí en Jonchère y que te parecieron bastante buenos. En aquel momento creía haber perdido a aquella mujer para siempre y sólo me quedaba su recuerdo con la mayor dignidad posible. Pero las cosas pasaron de otra manera: ella vino a Europa (desde Buenos Aires) y la encontré en París. Mi relación con Edith estaba ya terminada pues se había construido en un plan primario y sin futuro. Por lo demás, seguimos siendo muy buenos amigos, Edith no se engañaba sobre mis sentimientos y en ese sentido nunca nos mentimos. Hoy puedo decirte que soy muy feliz, que me siento en cierto modo salvado (de qué no lo sé claramente, pero siento que acabo de salvarme de algo que hubiera terminado conmigo). Como recordarás el tono de mis poemas, te será fácil imaginar lo que ese encuentro definitivo significa para mí. Mi mujer (me casaré con ella y si todavía no lo he hecho es por lo que sabrás enseguida) es argentina y estoy seguro de que a Natacha y a ti les gustará conocerla cuando vengan a París. Estas son las buenas noticias"*. (La mujer mencionada era Aurora Bernárdez y el casamiento se celebró el 25 de agosto de 1953.)

En otra carta más tardía (29-VI-1959) Cortázar le dice a su amigo Paul Blackburn que Edith (Aron) se halla en Sarrebruck, donde se *"ocupa del trabajo comercial que su padre hacía en vida y parece que le va muy bien, aunque se aburre horriblemente y quisiera volver a París* (...). *Está tratando de conseguir que la editorial Insel-Verlag edite cuentos míos (traducidos por ella), ya veremos..."*.

En otra carta enviada a su amigo Jean Barnabé desde París, el 30 de mayo de 1960, le habla del *"horror de Buenos Aires"* y alude a un *"largo relato"* que transcurre *"mitad en Buenos Aires y mitad en París"*, que es probablemente la primera alusión a **Rayuela**.

Poco después, en una carta a su editor Paco Porrúa, del 19 de agosto del mismo año, Cortázar le dice que ya lleva escritas *"cerca de cuatrocientas páginas, que abarcan pedazos del fin, del principio y del medio del libro"*. En otra recuerda que aprovechó una estadía en Viena (durante una conferencia de la UNESCO) *"para terminar la primera versión de La Rayuela. ¡Prepárense! ¡Son unas 700 páginas!"*.

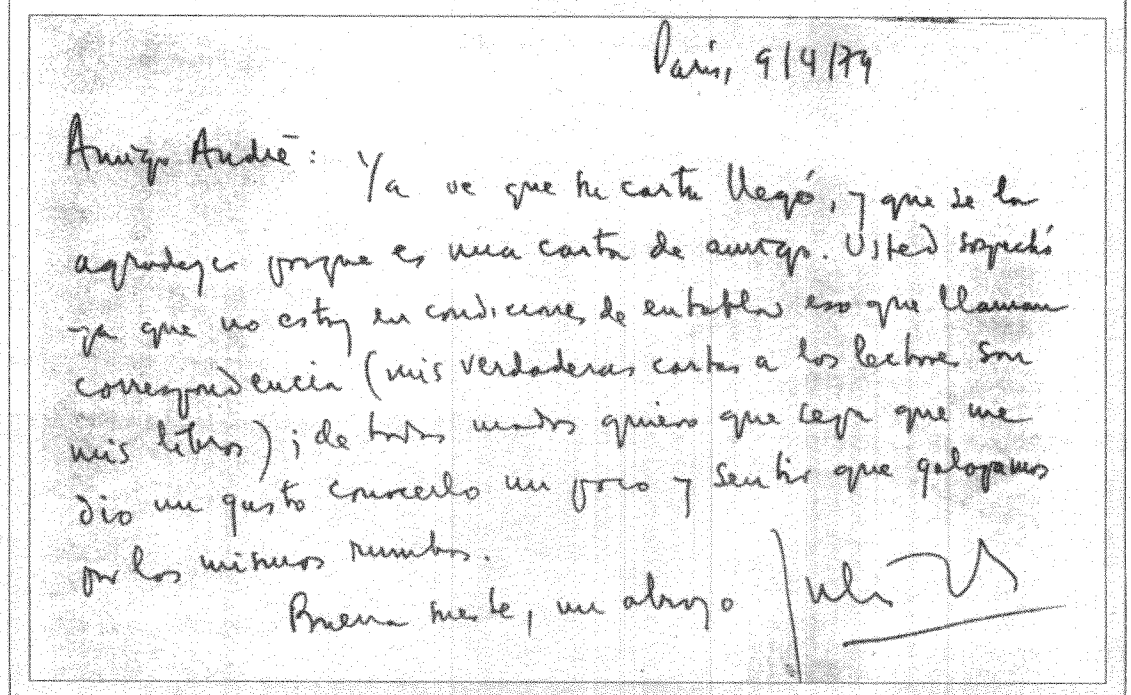
En una nueva carta a Fredi Guthman, del 6 de junio de 1962, las líneas son ya mucho más precisas, las nieblas y las cerrazones empiezan a disiparse: *"He pensado mucho en vos en estos últimos tiempos, porque mi próximo libro, que se llamará Rayuela y se publicará* (...) *a fines de año, va a ser el libro donde me vas a encontrar a fondo, donde vos y yo hemos dialogado muchas veces sin que lo supieras.* (...) *Por suerte no hay nada de autobiográfico en este libro (salvo episodios de mis primeros dos años en París), pero en cambio he puesto todo lo que siento frente a este fracaso total que es el hombre de Occidente. Contrariamente a vos, el personaje central (Oliveira) no cree que por los caminos del Oriente se pueda encontrar una salvación personal. Cree más bien (y en eso se parece a Rimbaud) que* ***il faut changer la vie*** *pero sin moverse de ésta. Entrevé esa vieja sospecha de que el cielo está en la tierra, pero es demasiado torpe, demasiado infeliz, demasiado nada para encontrar el pasaje. Todo eso se mezcla con episodios que van mostrando lo que le pasa en este mundo a un tipo que pretende ser consecuente con esas ideas"*.

"Salvo episodios de mis primeros dos años en París", dice entonces Cortázar. Es decir, esos dos años que transcurren entre 1949 y 1950, que son los años de convivencia con Edith, de alguna manera el modelo a partir del cual se fue modelando la Maga, esa misteriosa Edith que viajó con él en la tercera clase del Conte Biancamano, que fue su casual compañera de paseos y caminatas por París, de encuentros insospechados en puentes y plazas, en exposiciones y museos, como ocurrirá después entre Oliveira y la Maga: *"¿Encontraría a la Maga? Tantas veces me había bastado asomarme, viniendo por la rue de Seine, al arco que da al Quai de Conti, y apenas la luz de ceniza y olivo que flota sobre el río me dejaba distinguir las formas, ya su silueta delgada se inscribía en el Ponts des Arts, a veces andando de un lado a otro, a veces detenida en el pretil de hierro, inclinada sobre el agua. Y era tan natural cruzar la calle, subir los peldaños del puente, entrar en su delgada cintura y acercarme a la Maga que sonreía sin sorpresa, convencida como yo de que un encuentro casual era lo menos casual en nuestras vidas, y que la gente que se da citas precisas es la misma que necesita papel rayado para escribirse o que aprieta desde abajo el tubo de dentífrico"*.

En la realidad, la relación cariñosa y amistosa entre Cortázar y Edith Aron terminó el 18 de noviembre de 1964 con una carta del escritor a propósito de unos textos suyos traducidos por Edith Aron, rechazados de manera terminante por las editoriales alemanas a las que habían sido sometidos.

La misiva de Cortázar termina así: *"En cuanto a tu carta, Edith, no quiero hacer hoy otros comentarios. Estoy seguro de que dado tu estado de ánimo, que comprendo muy bien, no creerías nada de lo que pudiera decirte. Sé que has hecho todo lo que podías por mis libros, y he traducido demasiados años como para no saber que uno es ignorante de sus propios errores hasta que alguien con la suficiente autoridad se los señala. Pero dada la triste situación en que esto nos ha puesto a todos, prefiero callarme. Puede ser que más adelante quieras escribirme con otro tono, después que hayas comprendido lo que hoy no quieres o no puedes comprender. Un abrazo, Julio"*.

Pero no hubo otra carta, Edith y Julio dejaron de verse y de escribirse. En cambio, Oliveira y la Maga siguen encontrándose y perdiéndose en los puentes, callejuelas, parques y museos de París, en un café. O reuniéndose cada vez que un lector anónimo y maravillado se sumerge en la lectura de esa novela que, ella sí, ya entró en lo que llamamos inmortalidad. Término éste que haría retorcerse de risa hasta la sofocación a todo cronopio que se respete. ■



París, 9/4/79

Amigo André: Ya ve que he carta llegó, y que se la agradezco porque es una carta de amigo. Usted sospechó ya que no estoy en condiciones de entablar eso que llaman correspondencia (mis verdaderas cartas a los lectores son mis libros); de todos modos quiero que sepa que me dio un gusto conocerlo un poco y sentir que galopamos por los mismos rumbos.

Buena suerte, un abrazo, Julio

A un lector uruguayo*

"Mis verdaderas cartas a los lectores son mis libros"

"París, 9 de abril de 1979

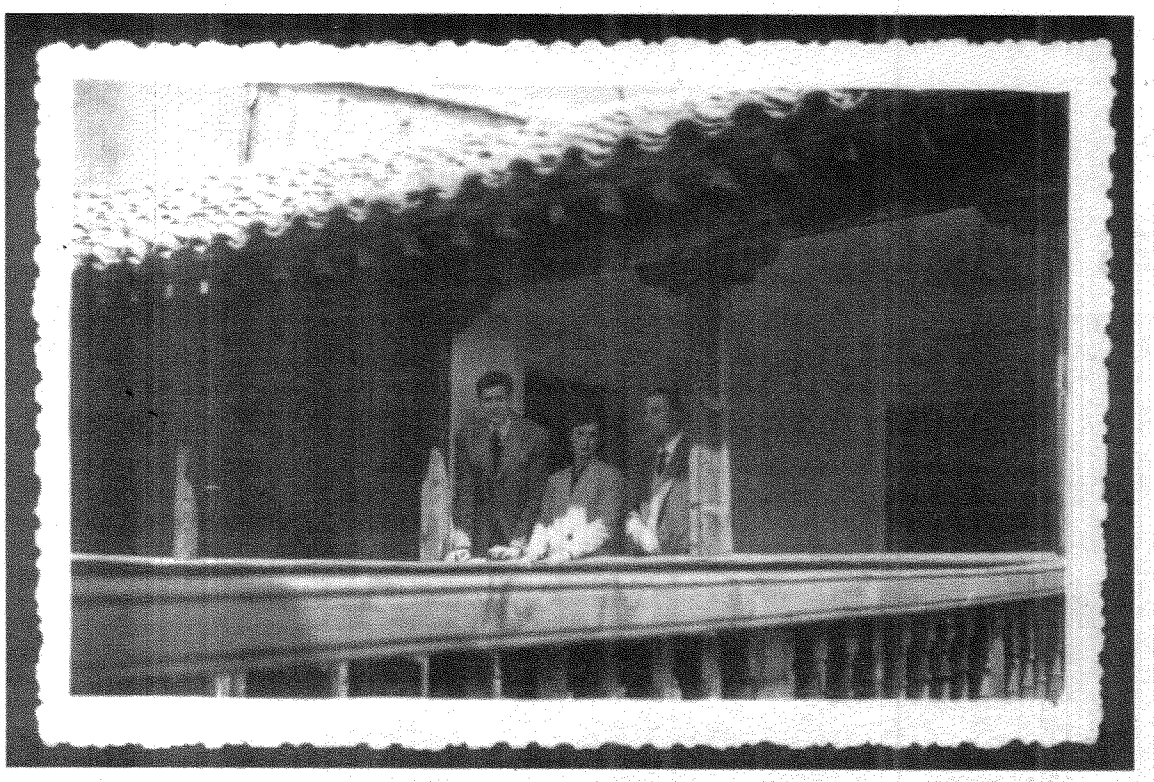
Amigo André:

Ya ve que su carta llegó, y que se la agradezco porque es una carta de amigo. Usted sospechó ya que no estoy en condiciones de entablar eso que llaman correspondencia (mis verdaderas cartas a los lectores son mis libros); de todos modos quiero que sepa que me dio un gusto conocerlo un poco y sentir que galopamos por los mismos rumbos.

Buena suerte, un abrazo, Julio Cortázar.

Sí, claro, me gusta Neruda, y cómo. Al final de su vida llegamos a ser muy amigos."

* Julio Cortázar escribió esta respuesta a un joven lector sanducero que, entusiasmado con la lectura de **Rayuela**, había conseguido su dirección y le había escrito a París. André Daricarrère, el destinatario, confió este documento de bonhomía cortazariana a un cuidadoso archivista, Wilfredo Penco, que la atesora hasta hoy. Fue publicada por el mismo Penco en el semanario **Correo de los Viernes** cuando la muerte del escritor (17-II-84).



Julio con sus amigos Marta y Jean Barnabé en viaje a Toledo

Nuestro mejor diálogo en algún camino con eucaliptos

Todavía lejos de la fama, Julio Cortázar estuvo en Montevideo. Del aburrimiento de una conferencia internacional y de la afinidad musical y literaria nació su relación con Marta y Jean Barnabé. Esta es la historia de una amistad.

JEAN-PHILIPPE BARNABÉ

HACIA FINES DE 1954 mi madre, Marta Llovet, conoció a Julio Cortázar en una Asamblea General de la UNESCO que se llevaba entonces a cabo en el Palacio Legislativo de Montevideo. Los dos habían sido contratados como traductores, y en los numerosos momentos de libertad que les deparaba su trabajo en la oficina común, muy pronto habían simpatizado. *"Cortázar* –recuerda mi madre– *era un hombre muy alto, de ojos muy azules, y que en muchos aspectos parecía un niño. Era amable, conversador, divertido."* Pasaba aquellas largas y aburridas semanas en el hotel Cervantes, que se convertiría luego en el marco de "La puerta condenada", el cuento publicado un par de años más tarde en **Final del juego**. Le hacía mucha falta, aseguraba, poder escuchar un poco de música. Así surgió con naturalidad esa invitación a cenar a la casa familiar de Carrasco con la que comienza la pequeña semblanza, redactada por mi padre, que se publica aquí, y que había de ser el punto de partida de una intensa amistad, prolongada durante unos catorce años.

Durante ese lapso, mis padres volvieron a encontrarse muchas veces con Aurora Bernárdez y Julio Cortázar, primero en París, en 1956, durante una larga estadía que dio pie incluso a un viaje invernal de las dos parejas por Castilla (la pequeña foto documenta un momento compartido en Toledo). En la primavera uruguaya de 1957, los Cortázar pasaron luego unos días en la casa de Carrasco (se les había arreglado un cuarto, recuerda mi madre, en la pequeña pieza en la que sigue hoy conservada la discoteca paterna), y junto con sus anfitriones, en el hotel Nogaró de Punta del Este. En los años siguientes, cada uno de los viajes de mis padres a Francia permitió también diversos reencuentros.

Unas veinte cartas dirigidas por Cortázar a mi padre puntúan las diferentes etapas de esa amistad. Casi todas fueron recogidas en el primero de los tres volúmenes de correspondencia que Aurora Bernárdez ensambló en el año 2000 para la editorial Alfaguara, y permiten reconstruir la sustancia de un importante encuentro intelectual y humano. Entre muchas cosas más, el intercambio epistolar registra nutridas reflexiones literarias sobre los cuentos ("El perseguidor") o las novelas (**Los premios**, **Rayuela**) que estaba escribiendo entonces, así como sobre las traducciones al francés de algunos relatos de **Bestiario** por parte de mi padre. Por sobre todo, reafirma el peso y la significación de aquella noche uruguaya de fines de 1954, de la inmediata coincidencia que se gestó entre los dos hombres, en aquella tarde de hace medio siglo. *"Yo sé* –escribía Cortázar en 1963– *que nuestro mejor diálogo (que quizá no llegará a concretarse jamás) debería ocurrir en su casa de Carrasco, en la playa, en algún camino con eucaliptos; en fin, en Uruguay, y no en Europa."*

Sin que mediara ningún incidente particular, la amistad terminó finalmente por desdibujarse hacia 1968. Huelga subrayar que soplaban por aquellos años aires bastante distintos a los de la década anterior. Julio Cortázar ya estaba entonces plenamente inmerso en su vida de escritor comprometido, y en su camino se cruzaban, tal vez, nuevos dilemas y nuevas tareas. Pero eso ya es otra historia. ■

LA LUPA

Un inédito "oriental" de Julio Cortázar

Discurso chino

El pequeño texto que sigue fue escrito en cinco minutos por Julio Cortázar y entregado a Marta Llovet, como un inofensivo y jocoso divertimento literario, sin duda inspirado por los tantos discursos escuchados –y traducidos– durante aquellos días de noviembre de 1954, durante la Asamblea General de la UNESCO en Montevideo, en la que ambos eran traductores.

Señoras, señoritas, caballos del templo, señores y soldados:

Me siento menos honrado que inhibido frente a vuestra presencia, aunque estoy menos inhibido que honrado por las razones que la motivan. El arroz crece en los pantanos, pero la flor de loto exige el seno de las reinas. Como lo dijo una vez Confucio, en la mirada de los gatos hay menos estrellas que en la arena de las playas. Tratamos hoy los problemas del programa y del presupuesto, y debo comenzar diciendo que el espíritu sopla sobre los números con tanta bondad como si fueran los juncos del Río Amarillo. El señor presidente ha tenido la gentileza de concederme cinco minutos para hablar, y aunque lo que debería decir es como la Esfera de la Eternidad, de la que Li-Tai-Pe dijo que era un cuadrado vista por la inteligencia y un cubo vista por el alma, trataré de ser humilde y conciso. Mi gobierno me ha encomendado inclinarme ante el Consejo Ejecutivo y repetirle que China confía en sus altas decisiones como las estepas esperan la lluvia fertilizadora. Si en lugar del agua prometida llegan las mangas de langosta, ello se deberá a la infiltración de ideas impuras, pues como dice Kwan-Chei, de la fuente a la mano caben muchos microbios. Que el cerezo en flor ayude a la abeja, y que los siete colores sagrados se pinten en vuestras frentes. He dicho. ■

El nuevo amigo

JEAN BARNABÉ

TERMINA UN DÍA de noviembre de 1954. Llama Marta, para anunciarme que invitó a comer a un colega de la VIII Asamblea General de la UNESCO, que está solo en Montevideo, alojado en el hotel Cervantes de la calle Soriano. *"Él tiene muchas ganas de escuchar música contigo"*, me dice. Es traductor, argentino, y vive en París. La conferencia es muy larga, y a él, que es funcionario *free lance* de la misma UNESCO, todo le resulta bastante aburrido. Preparo unos tragos para tomar afuera, y me siento a esperar en el porche de nuestra casa de Carrasco, contemplando la luz y los colores de este atardecer sin nubes en el cielo, apenas refrescado por una leve brisa marina. Junto con Marta, baja del auto un hombre alto, que se expresa con mucha cortesía, en un español netamente rioplatense, pero con erres curiosamente afrancesadas. Nos presentamos. Yo no sé bien quién es, sino tan sólo que escribe, y que ya le publicaron algo en Buenos Aires. Me gusta su cara algo redonda, en la que se notan, de cerca, algunas arruguitas muy finas, curiosas para alguien de apariencia tan juvenil. Luego me entero de que este joven es en realidad mayor que yo, y que ya tiene 40 años.

Las primeras conversaciones permiten saber hasta dónde puede uno pisar, sin correr el riesgo de caer en desavenencias peligrosas para el futuro de la amistad. Cuando llegamos por fin a Mozart, luego de un par de tragos, me arriesgo con el trío K 563. El joven de las arruguitas no se inmuta, y de inmediato me habla de las variaciones del cuarto movimiento, que tanto admira. La cosa va en serio, pienso... Lo mismo pensé después en tantas oportunidades más, cada vez que se evidenciaba su inmensa cultura, y su memoria ilimitada, sin que él, por otra parte, buscara en ello el más mínimo lucimiento personal. Frenando a veces el ritmo estrictamente narrativo, esa intelectualidad y esa cultura habían de volcarse en su obra de manera avasallante, ya sea directamente, ya sea indirectamente, a través de la palabra de los personajes.

En los muchos momentos y viajes que en los años siguientes compartimos, Marta y yo, con él y su esposa Aurora, también le oí hablar de bueyes perdidos, en encuentros casuales, en los que él prestaba una atención compenetrada a los comentarios de sus ocasionales interlocutores. Aquello podía parecerse a una disimulada ironía, pero creo más bien que él elaboraba a partir de allí los diálogos de algún cuento en proceso. Eso lo pienso ahora, pues en aquellos tiempos no había entre nosotros demasiada obsesión por la literatura. Era una relación espontánea, porque entonces todavía no pesaba su fama internacional.

Nunca nos tuteamos, primero porque hace cuarenta años el tuteo era menos inmediato que ahora. Pero hubo, además, un pudor que yo sentí desde el instante en que nos conocimos, así como la sospecha de que a pesar de nuestras coincidencias en lo cultural, no nos íbamos a encontrar tan fácilmente en lo existencial. En el prólogo a los **Cuentos completos**, Vargas Llosa expresa muy bien lo que yo siempre experimenté: *"con ese Julio Cortázar, era posible ser amigo, pero imposible intimar"*. Yo diría: era posible ser *muy* amigo, y sin embargo no intimar. Como uno lo pasaba muy bien en el plano amistoso, se podía prescindir de lo íntimo: aunque a veces costaba toparse siempre con esta "puerta condenada", que reducía los espacios de la convivencia, al final siempre ganaban el humor, la simpatía, y uno terminaba dejando la puerta tal como estaba.

En noviembre de 1968 nos encontramos los dos solos, en París, en la casa de la Place du Général Beuret. En realidad ya no vivía más en ella, pues se había separado de Aurora. Él formaba parte entonces del *boom* de la literatura latinoamericana, y ya era un escritor famoso. Lejos estaba el tiempo, anterior a **Rayuela**, en que me interrogaba sobre la mejor manera de ingresar al mercado francés, y en que yo le sugería que intentara una novela, porque allí los cuentos no tenían mucha aceptación. Fuimos a almorzar cerca, a un restaurante del barrio. Recuerdo que durante todo el almuerzo hablamos mucho de su nuevo entusiasmo político, y de su vida de escritor comprometido. Mientras conversábamos, yo pensaba en aquel atardecer de muchos años atrás, cuando había aparecido en mi vida el joven de las arruguitas muy finas. Cuando salimos a la calle, después de terminar la comida, llegó el momento de despedirnos. Nos abrazamos. Cuando me fui, no me di vuelta. Tenía miedo de que ya no nos fuéramos a ver más. Y así sucedió. ■

LA LUPA

El perseguidor, Onetti y el hermano Charlie

En 1959 Sudamericana publica **Las armas secretas**, un conjunto de cuentos algo más extensos que los que había publicado hasta entonces, algo menos fantásticos y con un hálito quizá más humano. Destaca entre ellos "El perseguidor", inspirado en el jazzista negro Charlie Parker, que Cortázar amaba. Onetti escuchaba tangos, pero el impacto ante la lectura de aquel cuento le llegó por otro camino.

Que hablen los testimonios:

"Juan estaba una madrugada leyendo 'El perseguidor' y de pronto oí que se levantaba e iba hacia el baño. Me di vuelta para retomar el sueño, pero un ruido que en el momento no supe ubicar me hizo saltar de la cama. Cuando llegué al baño Juan tenía la mano ensangrentada. Había roto el espejo con el puño". (Palabras de Dolly, la esposa de Onetti, en entrevista de María Esther Gilio.)

Antes de eso Dolly le había mostrado el espejo roto. Escribe Gilio:

"Lo que quería mostrarme estaba en el baño. El botiquín con algún resto de espejo pegado al marco de la puerta. Sobre la madera del fondo Onetti había escrito: 'Charlie, brother, se trata de Bee'."

En "El perseguidor" Cortázar cuenta que el músico negro recibe en París la noticia de que su pequeña hija Beth ha muerto en Nueva York. Como explica María Esther Gilio, "El cuento le trajo la imagen de su hija –a quien llamaban Litty o también Beth– viviendo en Buenos Aires".*

Cortázar supo por el propio Onetti de su entusiasmo. Escribe:

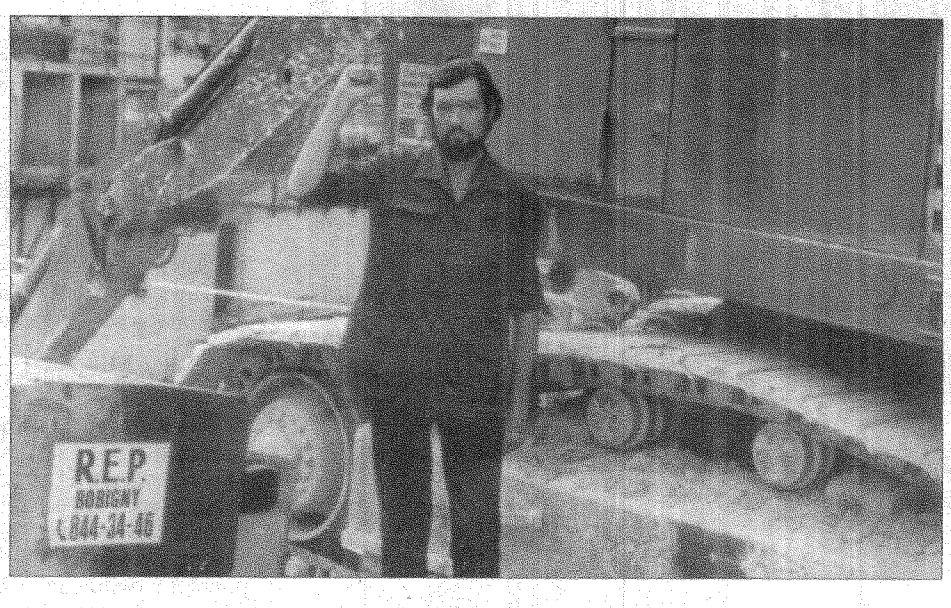
"Hablando de Montevideo, tuve una de las mejores recompensas de mi vida: Una carta de Onetti en la que me dice que 'El perseguidor' lo tuvo quince días a mal traer. Para mí es como si me lo hubiera dicho Musil o Malcolm Lowry, esa clase de planetas."
(Cortázar en carta a Francisco Porrúa, su editor en Sudamericana, 1961.**)

* **Construcción de la noche: La vida de Juan Carlos Onetti**, de María Esther Gilio y Carlos María Domínguez. Buenos Aires, Col Biografías del Sur, 1993.

** **Cartas**, de Julio Cortázar (tres tomos), Buenos Aires, Alfaguara, 2000.

Ángel y Julio

Peleas entre hermanos



Ángel Rama fue seguramente el crítico más destacado del llamado *boom* de la novela latinoamericana. Con Cortázar existió una camaradería entre pares que fue pública en su momento. Hoy la publicación de cartas y diarios da un cariz más subjetivo y personal de aquella relación, matizada por afinidades y diferencias.

CORTÁZAR SOBRE RAMA: ESE ESTILO ESPESO

"Aquí los franceses [...] han sido de una generosidad tropical conmigo; menos mal que entre tantos elogios me llegó la nota de Rama en **Marcha**, donde me sacude severamente contra las sogas. El mozo quiere decir algo que a mí me gustaría comprender mejor, pero no he podido darme bien cuenta por qué el libro no le gusta. Además ese sistema de ir alternando la loa con el áloe me resulta medio barato. Si voy a Montevideo le pagaré un café en el Tupinambá, y a lo mejor aprendo cosas útiles." (Carta a Francisco Porrúa, 14 de enero de 1961.)

"No es mala idea la de pedirle a Rama el prólogo para tu antología, pero también es cierto que su estilo tiende a ser espeso." (Carta a Porrúa del 1 de junio de 1966.)

"Mi querido Ángel:
Ugné me dio a leer tu larga carta, que tanto me concierne, y que te agradezco como todo lo que siempre me llega de vos. No pierdo tiempo en enviarte estas líneas, porque entiendo que las cosas han llegado a un punto en América Latina que nuestro deber es precisamente reaccionar inmediatamente para tratar de ser útiles en la medida de nuestras posibilidades y entiendo que mi diálogo con vos puede formar parte de esta acción positiva.
Hay dos temas. El primero es el de mi libro [...].
La segunda cuestión es lo del *boom*, y aquí sí quisiera hacer algo útil con tu ayuda. Veo que no estás de acuerdo con mis declaraciones y que incluso pensás escribir de nuevo sobre el tema. [...] a lo mejor nos toca polemizar, cosa que me disgusta desde el vamos, por la polémica en sí, porque seas vos el posible antagonista, y *last but not least, porque me parece una cuestión que ya se ha quedado atrás*. Los 'grandes' del *boom* ya hemos hecho nuestra obra, aunque nos quede el derecho de seguir escribiendo; hay otra generación que tiene que decir y ya está diciendo su palabra. ¿Vamos a hablar de hot jazz cuando la gente de hoy sólo se interesa por el free jazz?..." (Carta a Rama del 9 de mayo de 1973.)

RAMA SOBRE CORTÁZAR: ESA IGNORANCIA POLÍTICA

"27 de abril de 1980.
Desagrado, cólera y más tarde una larga, larga depresión, cuando oí a Cortázar en el acto de presentación de la revista **Sin censura** que él patrocina en París. Me consta su falta de información política y no digamos económica o social, y su escaso discernimiento para la problemática internacional. Como él confiesa, hasta mediados de los sesenta era un literato puro que además nada sabía de América Latina. Lo desgraciado es que no ha hecho reales esfuerzos para informarse mejor, estudiar los problemas y verlos con una perspectiva objetiva. Pero a pesar de que sigue siendo un 'literato puro' opina sobre política con tal simpleza, ignorancia de los asuntos, elementalidad del razonamiento, que produce o descorazonamiento o cólera. A mí las dos cosas y concluyo abominando de los escritores metidos a políticos: concluyen haciendo mal las dos cosas.
En Julio, dentro de ese constitutivo y original funcionamiento enrevesado del tiempo, se oye a un adolescente quinceañero decir simplezas, sobre el exilio, sobre Nicaragua (*'en dos años habrán sido resueltos los problemas del país'*), sobre los regímenes militares, sobre el socialismo (una simple panacea), sobre los escritores-comprometidos.
He defendido siempre su candor (como lo he hecho respecto a Benedetti) y su honestidad; quienes estaban cerca de mí en el acto no compartían mi creencia. Todos sin embargo coincidimos en la penosa impresión dada por su disertación y sus respuestas a las preguntas (infausta fue su explicación de lo ocurrido en la embajada peruana de La Habana, llegando a negar que hubiera 10 mil personas a pesar del testimonio peruano y del reconocimiento cubano) y a mí me volvió a plantear esta espina sobre los prejuicios que estos intelectuales ignorantes de la realidad social, económica y política de nuestros pueblos provocan en las jóvenes generaciones que creen en ellos (porque son buenos escritores, no porque sean políticos buenos) y están dispuestas a aceptar sus juicios. La extrapolación es evidente: aprovechando la autoridad ganada en el campo de la 'literatura pura' se la usa para impartir una doctrina sobre asuntos que le son enteramente ajenos y donde no ha habido prueba de ningún tipo de competencia o de conocimiento serio. Desgraciado equívoco. He conocido sus desgraciadas consecuencias en el pasado y nada parece que ellas hayan contribuido a hacer más serias y responsables las palabras políticas que hoy siguen pronunciando los intelectuales.

Anotaciones de Ángel Rama en **Diario 1973-1983**, Montevideo, Trilce, 2001.

Cortázar escribe (en diferido) a Felisberto Hernández

Carta en mano propia*

(fragmentos)

Como si nada, sin el menor respeto hacia un amigo como yo, fechás una carta en la ciudad de Chivilcoy, el 26 de diciembre de 1939. Así, tranquilamente, como hubieras podido fecharla en cualquier otro lado, sin demostrar la menor preocupación por el hecho de que en ese año yo vivía en Chivilcoy, sin inquietarte por la sacudida que me darías treinta y ocho años más tarde en un departamento de la calle Saint-Honoré donde estoy escribiéndote al filo de la medianoche.

No es broma, Felisberto. Yo vivía entonces en Chivilcoy, era un joven profesor en la Escuela Normal, vegeté allí desde el 39 hasta el 44 y podríamos habernos encontrado y conocido. De haber estado a fines de ese diciembre no hubiera faltado al concierto del Terceto Felisberto Hernández, como no faltaba a ningún concierto en esa aplastada ciudad pampeana por la simple razón de que casi nunca había concierto, casi nunca pasaba nada, casi nunca se podía sentir que la vida era algo más que enseñar instrucción cívica a los adolescentes o escribir interminablemente en un cuarto de la Pensión Varzilio. Pero habían empezado las vacaciones de verano y yo aprovechaba para volar a Buenos Aires, donde me esperaban mis amigos, los cafés del centro, amores desdichados y el último número de **Sur**. Vos tocaste con tu terceto en eso que llamás a secas 'el club' y que conocí muy bien, el Club Social de Chivilcoy detrás de cuyo amable nombre se escondían las salas donde el cacique político, sus amigos, los estancieros y los nuevos ricos se trenzaban en el póker y el billar. Cuando en tu carta le decís a Destoc que la discusión para que te aceptaran y te pagaran el concierto se libró junto a una mesa de billar, no me enseñás nada nuevo porque en ese club todas las cosas se libraban así. Muy de cuando en cuando, a regañadientes pero obligados a cuidar la fachada de las 'actividades culturales', los dirigentes accedían a un concierto o a una velada presuntamente artística, que pagaban mal y sin ganas y que escuchaban apoyándose entredormidos en el hombro de sus nobles esposas. [...]

En fin, Felisberto, ¿vos te das cuenta, te das realmente cuenta de que estuvimos tan cerca, que a tan pocos días de diferencia yo hubiera estado ahí y te hubiera escuchado? Por lo menos escuchado, a vos y al 'mandolión' y al tercer músico, aunque no supiera nada de vos como escritor porque eso habría de suceder mucho después, en el 47, cuando nadie encendía las lámparas. Y sin embargo creo que nos hubiéramos reconocido en ese club donde todo nos habría proyectado el uno hacia el otro, yo te habría invitado a mi piecita para darte caña y mostrarte libros y quizá, vaya a saber, alguno de esos cuentos que escribía por entonces y que nunca publiqué. En todo caso hubiéramos hablado de música y escuchado los discos que yo pasaba en una victrola más que rasposa pero de donde salían, cosa inaudita en Chivilcoy, cuartetos de Mozart, partitas de Bach y también, claro, Gardel y Jelly Roll Morton y Bing Crosby. Sé que nos hubiéramos hecho amigos, y andá a imaginar lo que habría salido de ese encuentro, cómo habría incidido en nuestro futuro...

Julio Cortázar

* Este texto fue escrito por Julio Cortázar como prólogo para la edición de **Novelas y cuentos**, de Felisberto Hernández, de la Biblioteca Ayacucho, preparada por José Pedro Díaz y dirigida por Ángel Rama (Caracas, 1985).